

BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



- ¿Cuántos haces a la hora?
—Cuarenta.
—¿Kilómetros?
—No, atropellos.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CUESTA. Paris.

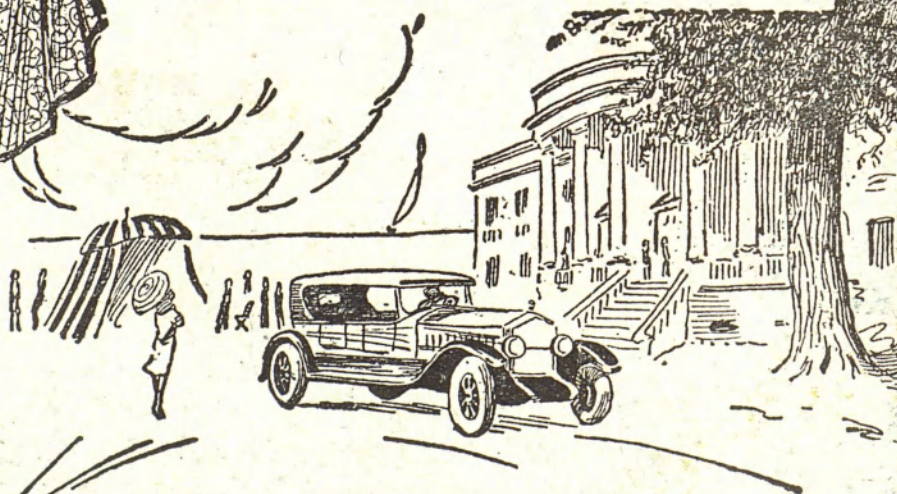


CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE «LIDA», PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIEN-ESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos



DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

NUESTROS CONCURSOS

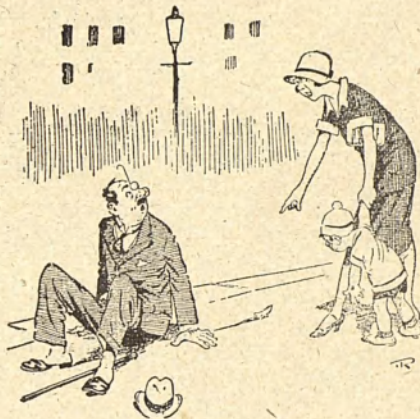
EL DEL MES DE AGOSTO Y SEPTIEMBRE

SEGUNDA LISTA DE SOLUCIONISTAS

Carmen Lumberras, de Tetuán.
Lamberto de los Santos, de Barcelona.
Salud Solórzano, de Tetuán.
Fernando García, de Castellón.
Gaspar García, de Castellón.
Alicia Meléndez, de Barcelona.
Juan Cañellas, de Barcelona.
Ramón Antuña, de Mieres (Asturias).
Pedro Soria, de Madrid.
Francisco Moya, de Madrid.
Carlos Alfaro, de Salinas (Asturias).
Aurelio Seco, de Madrid.



—Unos cuellos para mi marido.
—¿Qué número?
—No me acuerdo; pero sé que es justamente así.
(De *The Passing Show*).



—¡Imbécil! Vea usted lo que ha hecho con el plátano de mi niño.
(De *Le Rire*.)

León Cembrano, de Madrid.
Genoveva Sanjuán, de Barcelona.
Justa de Pablos, de Madrid.
Luis Mora, de Alcoy.
Francisco Gozalvo, de Valencia.
Vicente García, de Castellón.
Leandro, de Barcelona.
Fernando Gómez, de Madrid.
Belurcio Riporez, de Madrid.
María Lozano, de Barcelona.
Amparito Vivó, de Valencia.
Enrique Riudavest, de Tarragona.
Enrique Soria, de Madrid.
Elvira Vallés, de Barcelona.
Nicolás G. Míguez, de Sevilla.
Lino Pérez, de Ortuellas.
María García, de Cádiz.
Benito Martín, de Huelva.
Maruja Escalera, de Madrid.
A. H. Schulye, de Bilbao.
Pilarín Martínez, de Tetuán.
Vicente de la Aceña, de Sevilla.
Paquito Alemán, de Valencia.

Una rara, de Madrid.
Carmen Cuadrillero, de Madrid.
Julián Nicolás, de León.
P. C. J. y E. M. P. (dos soluciones), de Madrid.
Jaime Espinosa, de Madrid.
Carmen Alvaro, de Madrid (dos soluciones).
Inés Vidaurre, de Barcelona.
Jesús Delgado (cuatro soluciones), de Ribadesella.
Antonio Alvarez, de Madrid.
Juanito Guixé, de Madrid.
José Rubio, de Alcázar de San Juan.
Senén Rueda, de Valladolid.
Tere Lacort, de San Sebastián.



—Y a ti, ¿qué es lo que más te gusta de las sinfonías?
—Los andantes.
(De *Everybody's*).



MARCA REGISTRADA

CANAS BRILLANTINA INDIA

Sin teñir, desaparecen usando

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO
Por mayor: JOSE BARREIRA. — Calle Muñoz Torrero, 6. — MADRID

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE OCTUBRE

Pues señor... Un alemán que había pasado algún tiempo en España y cuyo nombre era el de Otto Reuchtheemspringenhoven, natural de Düsseldorf, como el célebre vampiro, al volver a su país refería a sus amigos el viaje, y entre otras cosas, contó que en Madrid se había perdido una vez, y que en un sitio cuyo nombre no podía recordar le indicaron la manera de volver a la Puerta del Sol. Había entre los oyentes del Herr. Otto Reuch. etc. etc., un madrileño, y le dijo que él podía decir cuál era el sitio, con tal de saber lo que había

en él. El alemán sacó un lápiz, dibujó las figuras que van ahí abajo y se las presentó al español, el cual no hizo más que ver lo que representaban para adivinar el sitio en cuestión.

Ahora, lo notable del caso es que el nombre del sitio estaba formado por las iniciales de los nombres de los objetos; de manera que si alguno de nuestros lectores quiere conocerlo, no tiene más que ver lo que cada figura representa y combinar las iniciales, y en seguida podrá decir en dónde estaban las ocho cosas del grabado, y, por consiguiente, dónde indicaron las

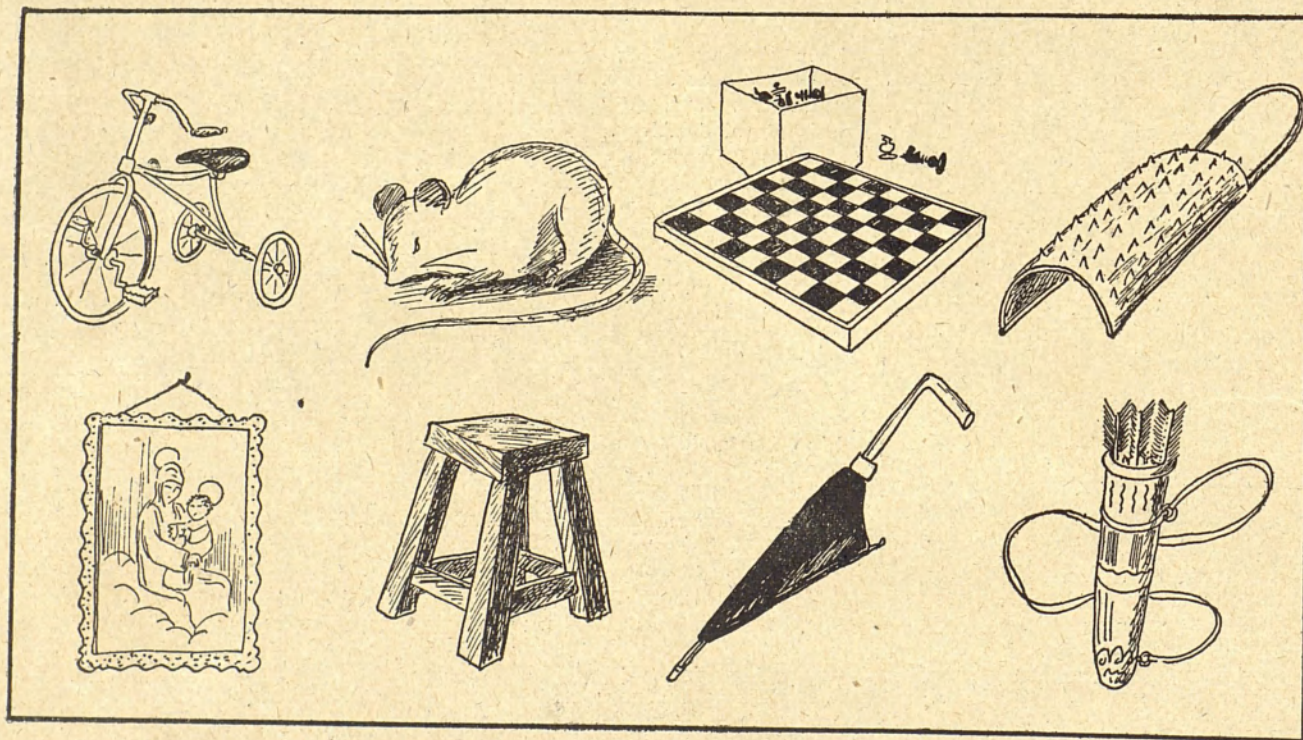
calles al compatriota de Hindenburg extraviado.

El premio, como de costumbre en ciudadanos tan espléndidos como nosotros, se compone de la venerable cantidad de

CIEN PESETAZAS

El plazo de admisión de soluciones termina el 31 de octubre a las doce y tres minutos.

¿Dónde estaban éstas cosas...?



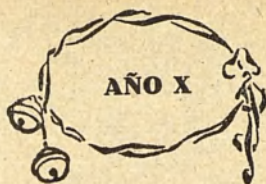
Estaban en

Nombre del solucionista

Población

Domicilio

Ayuntamiento de Madrid



PROLEGÓMENOS PARA UNA CATALOGACIÓN CIENTÍFICA DE LOS VERANEANTES

UN MOMENTO, SEÑORES

Con seguridad y casi estábamos por afirmar que con Guardia civil, éste va a ser uno de los últimos e interesantes artículos sobre los veraneantes que se lean.

Más bien—no seamos vanidosos—que se escriban.

La literatura, como las erupciones cutáneas, tiene sus épocas de triste floración.

Y así como no hay abril sin caracoles, ni fin de mes con nueve «carabelas» en ruta gozosa—que inventarió sagazmente Víctor Hugo—, tampoco puede producirse el hecho de que, de mayo a octubre, no hablemos un poquito de los veraneantes.

Si los culpables de ello fuéramos única y exclusivamente nosotros, palabra que ofreceríamos a la legítima acometividad de los lectores nuestro cuerpo elegante y aliviadoramente colgado de una viga de hierro dulce.

Por desgracia, no es así. Y como no es así, yo no tengo más remedio que cumplir mi funesta misión escribiendo este artículo de verano.

Ya he dicho que es uno de los últimos.

No hay que indignarse demasiado.

PRIMERA CLASIFICACIÓN DE LOS VERANEANTES

Los veraneantes—ellos no saben ni pío de esto—se dividen en tres grandes grupos o manadas: los del cuello estirado y la mirada ascendente, vulgo montañistas; los del cuello en cartabón y la mirada descendente, o sea marinistas, y los

del cuello con forúnculos y el mirar horizontal, es decir, playistas de El Plantío y aledaños.

Los montañistas viven pendientes de lo que ocurre en las nubes.

Los marinistas escrutan sin descanso la inmensa llanura del mar—¡del maaar!—, intrigados por saber qué pasará debajo de las olitas.

De los terceros, se tratará más adelante. Un poco de calma.

Los veraneantes de montaña son los que producen con la persistente conjunción de sus rayos visuales las tormentas, y los veraneantes marítimos, quienes agitan, en su búsqueda sin tregua, el engañoso parquet del mar—del maaar!

Pero, bueno; bien mirado, esto no tiene absolutamente nada que ver con lo que íbamos a tratar, de modo que ¡a otra cosa, Sinforosa!

Harina de otro costal es saber por qué el montañista mira siempre hacia arriba, como si buscara un pisito de nueve duros, y qué motivos impelen al marinista a registrar incesantemente el fondo del mar—¡del maaar!

Sencillo todo esto.

Cuando un hombre se ha encuadrado las piernas con nueve kilómetros de vendas, se ha atornillado a la espalda una mochila de media tonelada y, provisto de tan

amena compañía, corona rezumando sudor el más alto pico de la montaña, a este ser feliz lo único que le resta por hacer es tirar los ojos a las nubes. De todo su membrudo y maloliente organismo, la única parte que sigue en condiciones de viajar es los ojos. He aquí una razón.

Otra: que este hombre pueda hacer lo que le dé la ex realísima gana.

Dos más: aquello de la inercia, respetable siempre, y aquello de que si mirara hacia abajo se marearía, como una cocinera de casa grande en la ola giratoria—digna, siempre, de una genuflexión.

Por todo ello, el montañista tiene que mirar siempre hacia arriba. Al revés que el marinista y también con su correspondiente explicación.

Si el marinista fuera tan primo que mirara hacia arriba, para eso podía haberse quedado en el Círculo de la Unión mercantil ju-



Dib. SILENO. Madrid.

gando a las damas. Esto por un lado. Y por otro, el riesgo indiscutible en que viviría de tropezar contra un barco y hacerse migas pastoriles la cabezota.

Convencidos, ¿verdad?

Pues vamos con la tercera especie de veraneante: el playista decadente de El Plantío, ese hombre admirable que ilustra con su figura de yeso todas las estaciones y apeaderos existentes en los primeros cincuenta kilómetros, según vamos hacia La Coruña, manos derecha e izquierda del actor.

Este veraneante no tiene a su alcance nubes de verdad que corran de un lado para otro, como el veraneante de montaña; carece del agua que se mueve solita, como el agua del mar—¡del maaar!—, y el único árbol del contorno fué arrancado en una turbulenta colisión entre vecinos aspirantes a su sombra.

Por eso, este tipo zoológico lo incluimos en catálogo con el nombre de «Veraneante de mirada horizontal y disponible».

Sus costumbres son muy interesantes:

Sale al paso de todos los trenes, provisto de las alpargatas y la mirada horizontal y desalquilada.

Puede ser contemplado, bien en un banco del andén, ya en la aguja, desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, en que el último expreso sopla las luces de la estación.

Muchos viajeros analíticos y emocionables se preguntan al verlo un día y otro día:

—¿Qué buscará este hombre? ¿Un poco de sombra?...

Y no falta quien asegure que si baja a la estación es para facturar sus anhelos hasta algo más allá de Medina del Campo, pero no es cierto.

El extático y brumoso veraneante de El Plantío, inquilino precarista del cáñamo, lo que busca al paso de los trenes es un momento de valor, un segundo decidido para arrojarle debajo de un mercancías bien cargadito.

Por eso veréis que cuando los trenes se aproximan a la estación, el veraneante nunca se encuentra solo. Ro-

deándole, conteniéndole, están la esposa, los hijos, las hijas, el jefe y cuatro o cinco indígenas de fuerte musculatura.

Claro que todo esto durará hasta el día en que él pueda saltar sobre los raíles, porque entonces saldrá vía adelante haciendo ¡fú, fú, fú!... ¡piiiiiii!..., conducido por el duque de Zaragoza.

A fuerza de desearlos, este veraneante ya no es más que tubos, bie-las, válvulas y altas presiones, que alguna vez terminarán por manifestarse, salvo que Freud nos resulte un cantador de tangos, cosa que no nos autoriza a suponer la tarifa de nuestra cédula.

EL VERANEANTE APÓCRIFO

En las estaciones, junto al playista decadente, suele haber siempre varios señores disfrazados también de escayola y con alpargatas.

Mucho cuidado, que esta especie nada tiene que ver con el veraneante de la mirada horizontal.

Estos caballeros están a sueldo de las empresas constructoras de hotelitos. Se les conoce en seguida.

En las horas en que no pasan trenes, están sentados en la cantina jugando al tute y dándose aire con pay-pays enormes.

Pero en cuanto se aproxima un tren a la estación, estos caballeros tiran las cartas, se ponen apresuradamente un grueso abrigo de invierno y acercándose a los vagones comentan con derroche de admiraciones y risotadas felices:

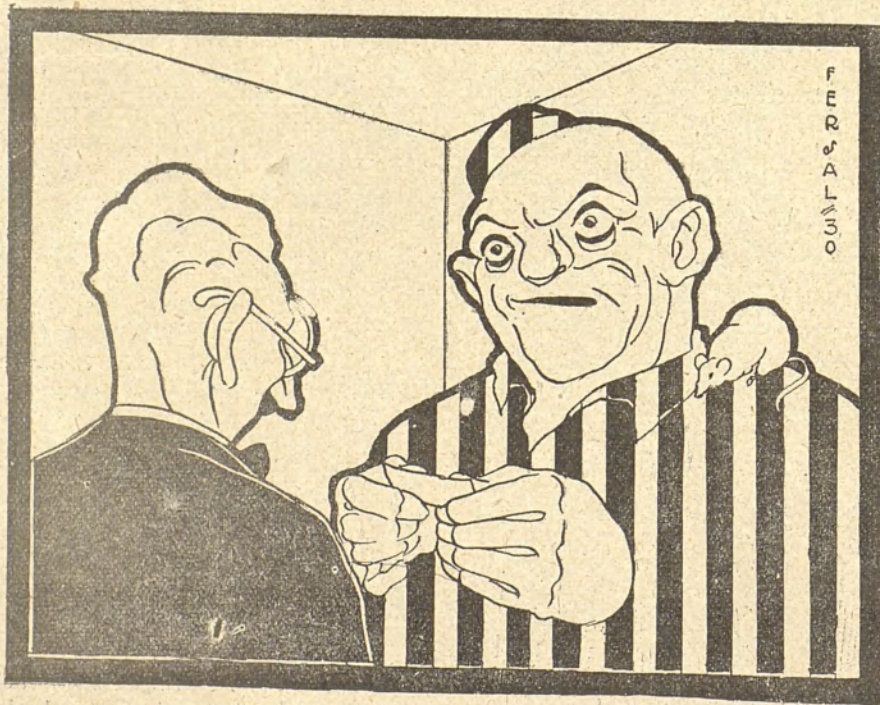
—¡Qué pueblo éste, marqués! ¡Vaya salud, vaya frío y vaya precios baratos!... ¡Es una alhaja, una alhaja!

—¡Y lo que aquí se ríe uno con el alcalde, duque!...

—¡Como que yo no vuelvo a Arca-chón ni que me lo pidan los guardias de asalto, conde!...

No les tiréis los restos de la tortilla.

¡En estos meses de verano es tan difícil contratarse!...



—En la cárcel pasarán ustedes muy buenos ratos...

—No; sólo pasan muy buenas ratas.

Dib. FERSAL. Madrid.

L. PIETAIN.



—Entonces ustedes como compran el papel ¿por resmas o por manos?
 —Nosotras lo compramos siempre por gruesas.

Dib. SAMA. Madrid.

UNA ENMIENDA PARLAMENTARIA

¡QUE APROVECHE!...

Nosotros, hasta hace poco, siempre que nos metíamos en trabajo, lo hacíamos con despreocupación e ingenuamente; sin darnos casi importancia. Eramos trabajadores como el cangrejo, cangrejo y como prosista Jourdain. Desde ahora, sin embargo, desde que Luis Araquistain —¡loado sea!—elevó a título nobiliario, a título de la Deuda Pública y a categoría cívica; a rango de primera materia... espiritual, lo de ser trabajador, nosotros ya—decimos—no podemos, desde entonces, ponernos al trabajo sino «en nombre de la Constitución».

Pensando estamos ya, incluso, en encargarnos uniforme: el trabajo, desde hoy, debe revestir—y vestir—solemnidad importante. En una de las obras de Shaw, que nosotros, en abril, veíamos estrenar a Pittoef con el nombre de *La Charrette aux pommes*, hay un Consejo de Ministros ultranuevo—tan ultranuevo que dos de los ministros son... ministras—y en él el ministro del Trabajo asiste al Consejo con mandil, un mandil azul de herrero, atado con una cuer-

da a la cintura: es—como dice él mismo—el uniforme del Trabajo. Esa idea, como véis, va tomando cuerpo en todo el mundo.

Ahora que, ¡claro!, eso, sí; nosotros, como es natural, sentimos la necesidad de presentar una enmienda. El propósito de la enmienda es el precepto esencial de toda conciencia humana. Lo propio y más honroso del hombre es enmendarse. Eso, el español lo sabe antes que nadie, porque el lidiador que no sabe, llegada la ocasión, y una vez iniciado el viaje, enmendarse si hace falta, se encuentra, como castigo, dentro del estómago, *ipso facto*, un cuerno de toro, cuerpo indigesto si los hay. El lidiador sabe, pues, que hay que enmendarse; y sabiéndolo el lidiador, lo sabe el español, pues nosotros, españoles, tenemos la honra de ser, a más de trabajadores, lidiadores; o expertos en la lidia, cuando menos.

Pues bien; efecto de eso, vamos a

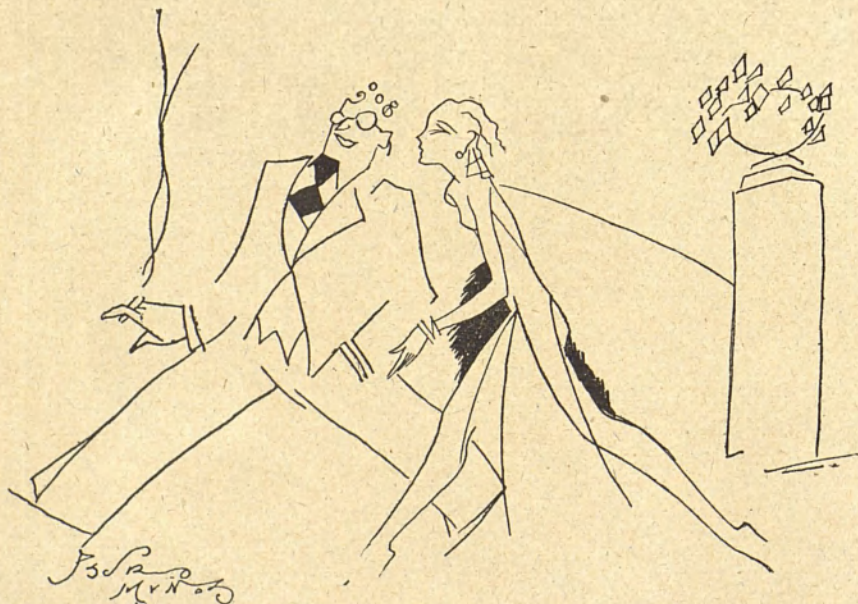
presentar nosotros una enmienda en la que se diga «Productores», en vez de «Trabajadores».

Lo de trabajar por trabajar, no está completo. Ya sabemos el caso ejemplarísimo—ejemplo a no seguir—del escarabajo pelotero: se está entero el día, afanoso y trabajando, para resultar que, al fin, ha hecho una porquería redondita...

Trabajar para eso, la verdad, no vale la pena; o no basta; es ese un trabajo indigno que está pidiendo a gritos una enmienda.

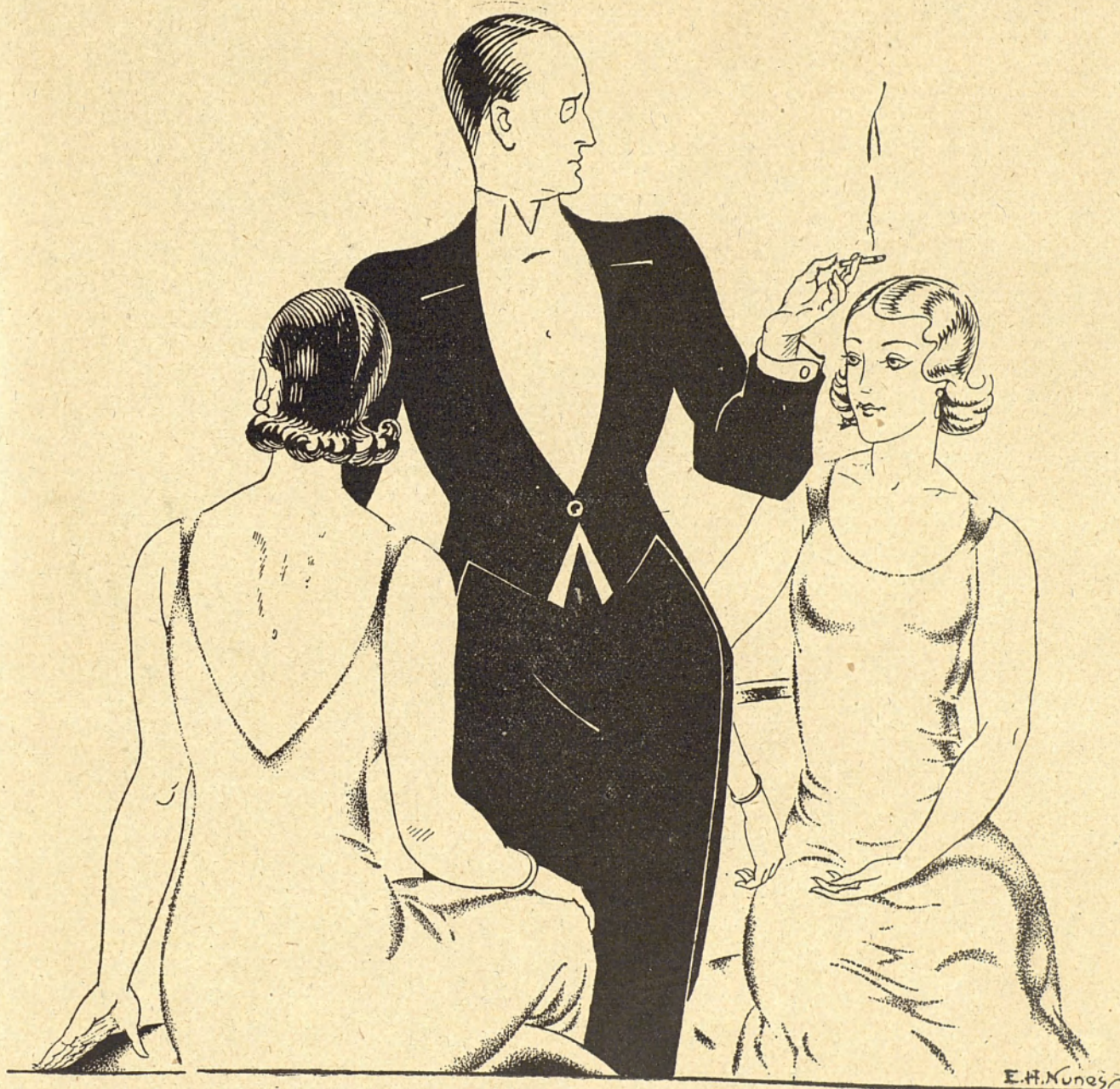
Es corriente la frase que dice: «¡O que trabaja el hombre para no trabajar!»... De eso también sabe el español un rato largo; toda la historia de España, en un siglo a la redonda, por lo menos, ha consistido en trabajar a todas horas, buscando agarraderas, recomendaciones, *actas*, protectores, subsecretarías y fondos reptilicios; privilegios que pudieran permitirnos el lujo de no trabajar, aunque fuese—como era—a costa de trabajos incesantes: a costa de hacer una vida que estuviese orientada, únicamente—en amistades, diversiones, visiteos; en todo, absolutamente—, a la finalidad dominante y exclusiva de no trabajar por derecho.

Nadie ha trabajado tanto aquí, en España, como los caciques y sus secuaces, los cazadores de gangas. Tal vez hayan sido los únicos españoles que han renunciado a vivir una vida independiente y propia, para consagrarla por entero a la tarea de obtener el momio. No han podido disponer de la mañana porque han tenido que ir, por la mañana, de este al otro Ministerio, de esta a la otra antesala; no han podido tomar el vermuth, ni el café, donde quisieran, sino en la tertulia X, o en la Z, donde el personaje tal formaba corro; no han podido disponer de las tardes ni las noches, porque habían de ir al Congreso; y a felicitar a B, subsecretario, y a L—o a Ela—, esposa, hija o hermana, del presidente de la Diputación, o del secretario M, o del juez H; y debían ir al Real o a la tertulia, o al sarao—adonde fuese—, pero siempre a aquellos sitios, no que a ellos les



—Chico, te has comprado una dentadura estupenda.
—¡Oh! No puedes imaginarte; algunas veces, ¡hasta me duelen los dientes!

Dib. Muñoz. Madrid.



—Mi hermano va a ir a París. ¿Qué dinero te parece que debe llevar, Julito?

—Según. Si va solo, cinco mil pesetas; si va con su mujer tiene bastante con la mitad.

Dib. NUNES. Lisboa.

apetecieran, sino que ofrecieran ocasión para hacerse presente al B y al C y al 2 K.

Trabajadores, pues, ya lo hemos sido. Y no puede, ahora mismo, de-

cirse que no sean también trabajadores todos los trabajadores sin trabajo que están pasando actualmente a situación de «medio pensionistas».

Si ha de ser nuestra España una República de Trabajadores, así, no quedará la nación todo lo floreciente que es preciso.

Hay trabajadores, en efecto, que vale más que se abstengan. La gloriosa actuación de Azaña—no bien ponderada nunca—ha consistido en decir a los trabajadores de Marte: «Miren, señores; por favor, ¡déjense de maniobras!... ¡déjense de trabajos de zapa, de artillería demasiado

pesada, de estrategia, de paseos tácticos, y de tomar en Africa posesiones de Penélope! ¡Váyanse a su casa a estar quietos!... Nosotros les daremos dinero con tal de que no trabajen!»...

Hay ganas de trabajar que vale más, en efecto, que se las aguanten, como el otro.

En cambio—a la viceversa—, hay vagares que no son jamás vagancias, lo mismo que hay trabajos que son extra-vagancias: vagancias superiores, clase extra; el colmo, como quien dice, en el refinamiento del vago; pongamos al tresillista, por ejemplo castizo de extravago; al que se toma un trabajo para que le resulte distraído, no aburrido, el no trabajar en nada de provecho.

¿No es tradicional en el mundo el caso de los señores ricachones que, no sabiendo qué hacer, porque todo lo tienen resuelto, toman las riendas del coche—hoy la rueda del volante—y dejan al cochero mano so-

EXPOSICIÓN DE DIBUJOS
FERNANDO BOSCH
 DEL 3 AL 20 DE OCTUBRE, EN LA
 SOCIEDAD AMIGOS DEL ARTE
 PASEO DE RECOLETOS, 20. DE 11
 A 1 Y DE 4 A 6 1/2.
 (PALACIO DE MUSEOS Y BIBLIOTECA).—MADRID.

bre mano e inactivo? ¿Cómo decirle a este hombre que no es trabajador?

En cambio, el ocio griego, privilegio honroso del hombre... El ser huileño honroso del hombre; el ser humano que vaga, al parecer, las manos en los bolsillos y la mirada en las nubes, ¿podemos estar seguros de que no trabaja? ¿No puede estar, a lo mejor, trabajando y produciendo?

¿Y el estado de barbecho? ¿No es un estado en el cual la tierra, de propio intento, se dedica a no trabajar y a no ser trabajada, precisa-

mente para que pueda, al otro año, producir más y mejor?

Todas estas, y otras reflexiones que podíamos aducir en apoyo de nuestra enmienda, van todas formuladas bajo la advocación de San Isidro. El santo dedicaba a la oración ciertas horas del trabajo; pero lo cierto es que el campo estaba arado. Hay infinitos campos de la vida que no hay quien los pueda arar como no sean arados de milagro.

El árbol se conoce por sus frutos más que por el trabajo. ¡Seamos ciudadanos productores de una República frutal!...

¿No es fórmula natural de cortesía decir, en ciertos casos. «¡que aproveche!»...? Es lo más importante, ¿no es verdad? ¿Qué sale ganando el hombre si, después de sudar tanto para ganarse el almuerzo, almuerza y le sienta mal? Lo importante es que aproveche. Pues ¡a ello!...

MANUEL ABRIL



—¿Pero qué hacen mis hijas en fila al lado del piano?

—Pues esperando la vez para tocar. ¿No ve usted que es un piano de cola?

Dib. MORÁN. Madrid.



—Sabes cuáles son los cigarrillos más simpáticos?

—¡...!

—Pues hombre, los *Captan*.

—¿Por qué?

—Porque se *Captan* las simpatías.

Dib. PONITO. Jerez.

TRES MINUTOS

El padre.

La madre.

Dos niños de diez y de ocho años.

Dos niñas de seis y de cuatro.

—¡Conferenciante con Valladolid...!

—gritó distraídamente el botones de Teléfonos.

Y el padre, la madre, los dos niños y las dos niñas se precipitan sobre el mostrador, preguntando:

—¿En qué cabina?

—¿Es usted el conferenciante con Huelva?—pregunta la señorita.

—No; soy el conferenciante con Valladolid.

—¡Ah!

—¿En qué cabina?...

—En la número diez.

—Trece o tres?—pregunta el botones.

—¡Diez! ¡Pero de prisa que se nos van a pasar los tres minutos sin hablar!—dice acongojado el papá.

—Por aquí, señores.

Y los seis se encajonan en el chiquero telefónico número diez.

El padre se sienta en la silla, muy digno.

Los niños se distribuyen arbitrariamente. Debajo de la silla hay uno. Otro busca con entusiasmo tesón los «botones de los pisos» y pide a gritos que suba el ascensor donde están. Las dos niñas oscilan, en su colocación, entre las rodillas del papá, el pupitre y la lámpara.

De pronto el timbre avisa precipitadamente.

—¡Trrrrriinnnn...!...

—¡Mamá!!—gritan los niños, asustados.

—Es el teléfono, ricos—tranquiliza la madre—. Ahora vamos a hablar con vuestro hermano mayor.

—¿Y le veremos?—pregunta un crío.

—No, monín; sólo le oiremos.

—¡Yo quiero ver a mi hermano!!—berrea el niño.

—¡Así es imposible hablar!—grita el padre.

—¡Chtss!...

La conferencia empieza.

—Al habla Valladolid...

Es la señal de la lucha telefónica.

—¡Oiga!—dicen al unísono las dos voces opuestas.

Naturalmente, ninguno de los dos oye al otro.

Pausa de tres segundos.

—¡Oiga!—vuelven a decir los dos a la vez.

Nueva sordera coincidente.

—No se oye nada—dice confidencialmente el padre a la familia.

—¡¡Papá!!—grita entonces el otro extremo del hilo.

—¡¡¡Hijo!!!—aúlla el padre.

E inmediatamente no puede decir más. La madre y los cuatro hijos pequeños le entierran con sus cuerpos y gritan como energúmenos.

—Yo.

—Ahora yo.

—No. Yo.

—Yo, antes que nadie.

El padre se rehace.

—¡¡¡Yo!!!—se impone.

Renace la calma en la cabina. Valladolid espera.

—Hijo mío, ¿cómo estás?

—Bien, papaito.

—¿Te has examinado?



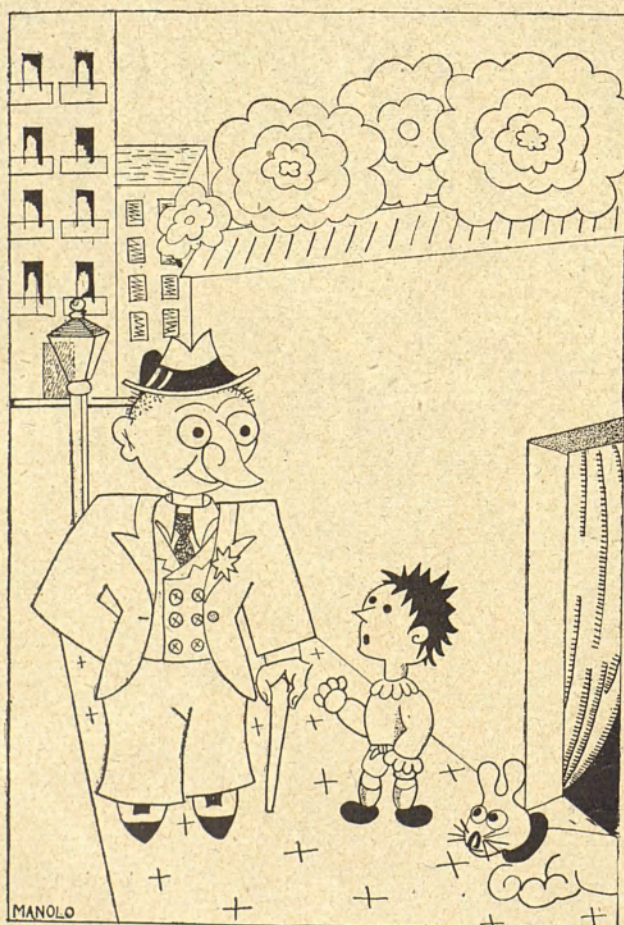
—Oiga, madre; una cebada...

—La cebada pidesela a tu padre, hijo...

Dib. CASERO, Madrid.

—¿Y vosotros?
 —Nosotros no nos hemos examinado.
 —No digo eso. Digo que cómo estáis.
 —¡Ah! ¡Muy bien! ¿Te has examinado tú?
 —¿Están todos en casa?
 —No; están aquí. ¿Te has examinado ya?
 —Quiero hablar con mamá. Dile que se ponga, que se van a pasar los tres minutos.
 —Es que...
 —Anda.
 —Bueno.
 A regañadientes deja el padre el auricular a la madre, que lo coge al revés, y grita al oído del padre.
 —Hijo mío!
 —Mamá!—contesta Valladolid.
 —¿Cómo estás, hijo?
 —Bien.
 —Cúdate mucho, ¿eh? ¿Hace frío ahí?
 —Ni frío ni calor. Una temperatura equidistante.

—Equidis... ¿qué?
 —Equidistante.
 —¿Qué?
 —Eso.
 —No se oye bien.
 —Que no hace calor.
 —Pues no te quites todavía los calzoncillos de bayeta, por si coges frío.
 —Cállate, mamá. ¿Qué necesidad tiene la señorita de teléfonos en saber esas interioridades?
 —¿Y qué importa? Su novio quizá lleve también calzoncillos de bayeta amarilla.
 —No, señora—interrumpe una voz femenina—. De hilo, y de los más finos.
 —Y ¿usted cómo lo sabe?...
 —¿Yo?... ¡Usted es una señora...! Lío telefónico, que corta el papá.
 —Pregúntale que si se ha examinado ya.
 —¿Te has examinado, hijo mío?
 —pregunta la madre.
 —Que se pongan mis hermanos.
 —Bueno. Que os pongáis...



—Monín. ¿Por qué quieres que acaricie al perro?
 —Es que quiero saber si muere.

Dib. MANOLO, Madrid.

El asalto a la fortaleza telefónica es imponente.

Triunfan los diez años del niño mayorcito.

—¡Luis!

—Hola, Totó.

—Que me traigas un caballo de cartón.

El auricular es arrebatado a los diez años por los ocho.

—¡Luis!

—Hola, Pitín.

—Que me traigas un balón.

Las niñas piden muñecas.

La madre pugna por decir al hijo que tampoco se le ocurra quitarse la camiseta.

El padre grita:

—¡Dejadme que le pregunte si se ha examinado!

Por fin, aparta a los críos, que lanzan terribles gritos y piden volver a hablar.

Hav, por último, un momento de silencio. El padre se lanza a aprovecharlo desde la oportunidad.

—¡Luis!

—¿Qué?

—¿Te has examinado ya?

—Sí.

—Y ¿qué?

—Pues...

—Tres minutos. Ha terminado—interrumpe la señorita.

—Pero, señorita.

—¿Desea continuar?—pregunta imperturbable la empleada.

—No... Gracias.

—Adiós, papá.

—Adiós, hijo—el padre.

—Adiós, hijo—la madre.

—Adiós, Luis!—los niños y las niñas.

Cuelgan el auricular.

Salen.

Congestionados y compungidos.

Un botones se acerca.

—¿Han hablado bien los señores? El padre le mira de tal modo, que el botones desaparece disimulando.

En la caja pagan la conferencia.

Y después el padre va a los pupitres de los telefonemas y llena uno en la siguiente forma:

«Sr. D. Luis Pérez de Sosa.

Calle de Sama, núm. 14.

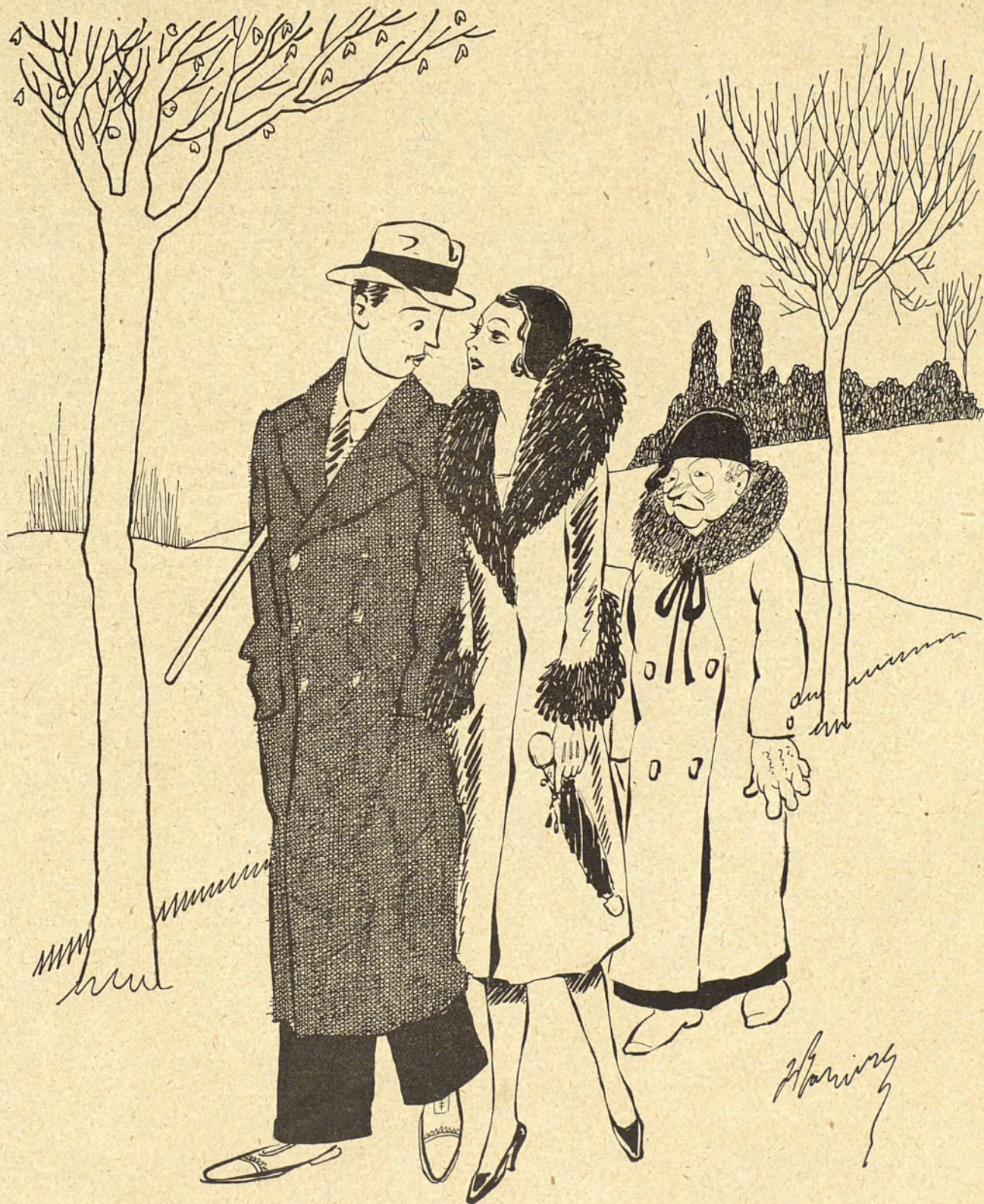
Contesta por telefonema resultado tus exámenes.

Papá.»

Y después de entregarlo y pagarlo, el padre, la madre, los niños y las niñas se van lentamente, lentamente, como el que ha perdido algo y no sabe el qué.

Nosotros sí lo sabemos, ¿verdad? Tres minutos.

ALFREDO MATILLA.



—Ayer te vieron los de Armendariz con un melón en la mano.
 —¿Y que tiene eso de pàrticular?
 —Que luego, sin duda, por eso andan diciendo que tú eres un melomano.

Dib. RAMFREZ. Madrid.

EL MAESTRO LUIS QUINCE CUENTO ANDALUZ

I

Este simpatiquísimo maestro zapatero, llamado Luis Oneto, hombre sesentón, gracioso y aficionado a las «señoras», era conocido en todo el pueblo por Luis Quince, no porque fuese pariente de aquel «castigador» monarca, ni porque en su establecimiento se confeccionasen tacones de aquella época, sino por la facilidad y constancia con que se rociaba el estómago con unos grandes «pupitos» de mosto «chicanero», cuyo módico precio era de «quince» céntimos de peseta. Aquella mañana se encontraba algo «nustrasténico», como decía él, esperando a un amigo del primo de su nuera, algo artista, que le había prometido traerle, para anuncio de su tienda, un espléndido cartel, cuyo texto fué dictado por el propio maestro. Por fin llegó el cartelito, y fué colocado en el testero principal del establecimiento. Decía así:

«ER TACON ARTO»
ZAPATERÍA DE LUIS QUINCE
ESPECIALIDAD EN JUANETES
NO SE FIA NI A MI PADRE
LA TELA POR DELANTE
LAS MUJERES GUAPAS A PLAZOS

Este último renglón del anuncio ponía de relieve la afición desmedida que sentía por las «faldas» nuestro héroe. Copiaremos aquí algunos de los

diálogos que constantemente sostenía con sus parroquianas.

—¡Maestro!
—¿Qué hay, «martirio»?
—¿Cómo van mis zapatos?
—¡Como los ángeles, criatura!
—¡Ya llevo viniendo aquí un mes!
—Y no faltes, «tormento», que er día que no vengas me encuentran aquí degollao con la lesna.
—Bueno, maestro, dígame de verdad cuándo güervo, que estoy descarsa.
—Todavía tengo que tomarte medida.
—¿Otra vé? ¡Si ya me ha tomado usted medida lo menos quince veces!
—¿Y tengo yo la culpa de que se te sigan achicando los pies, reina?
—¡Pero si los zapatos no necesitan más que unas tapas en los tacones!
—Güeno, po ven mañana.
—¿A qué hora?
—Tempranito, flo de armendro, pa que me dure la alegría to er día.
—Ay, qué guasa tiene usted, maestro! Adiós.
—¡Y qué ojos tienes tú pa verlos desde la armoá!

—¿Qué pesao es usted, maestro! ¿Y mis zapatos?
—Ven mañana tempranito, guapota, que estarán listo.
—¿Pa tó e usted tan pesao?

—Pa tó, no, quebranto; que algunas cosas las termino en seguida.

—¡Eso quisiera usted!; güeno, ¿y cuánto e la compostura?

—Ná; o una miradita tuya sin respirá, o un secreto tuyo muy cerca.

—¿Pero todavía tiene usted humor, maestro, con sesenta años a cuesta?

—¡Ay, si tuviera na más que diez años menos!

—¿Qué iba a pasá?

—Que te iba a está diciendo lo bonita que ere hasta que a tu zeñorito se le quitaran los juanete.

—A eso venía también, ¿Cuándo estarán las botas der señorito?

—Veremos a ve. Ahí las tengo metías en la horma con un trompo pinchao en cá una...

—¡Qué asaura tiene usted, maestro!

—¡Y tú unos andares que me quitán er sueño, «terremoto»!

—Adiós, abuelo.

—Adiós, nietecita...

Y así sucedíanse todos los días y a todas horas.

II

Si en aquel pueblecito andaluz existiese la costumbre de repartir la correspondencia a altas horas de la noche, hubiéramos creído seguramente que aquel bulto de hombre, que cruzaba de acera a acera y se metía en casi todos los portales, era el probo cartero cumpliendo su sagrada misión. Pero no; era nuestro maestro Luis Quince, que, con su enorme «tablón zigzagueante» iba camino de su casa.

Por fin, arrumbó decidido hacia una taberna que recortaba en la oscuridad callejera un cuadro de luz.

—¡Niño, tráete un quince!

—¡Güenas noches, maestro!

—Anda pronto, que tengo prisa.

—¿Qué tá los toros?

—Allí he visto a algunos parientes tuyos, niño...

Una vez ingerido el «chicotazo», comprende nuestro hombre que no es prudente «insistir», por la mucha cantidad que ya lleva en el cuerpo.

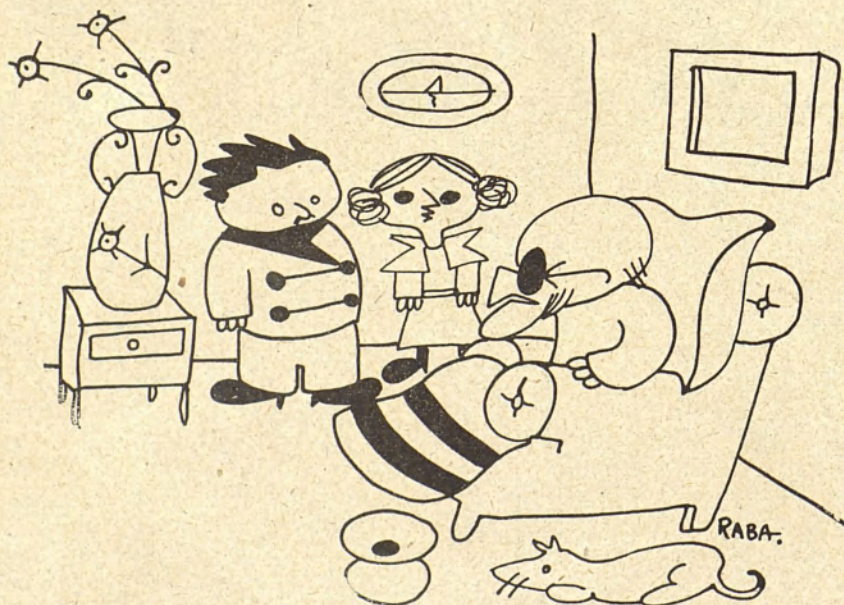
Decide marcharse al lecho.

—¡Niño! ¿Cuánto e?

Y el niño, creyendo que el estado del maestro no le permitía cálculos mentales, y para aumentar el negocio, responde:

—Cuatro quince: sesenta céntimos.

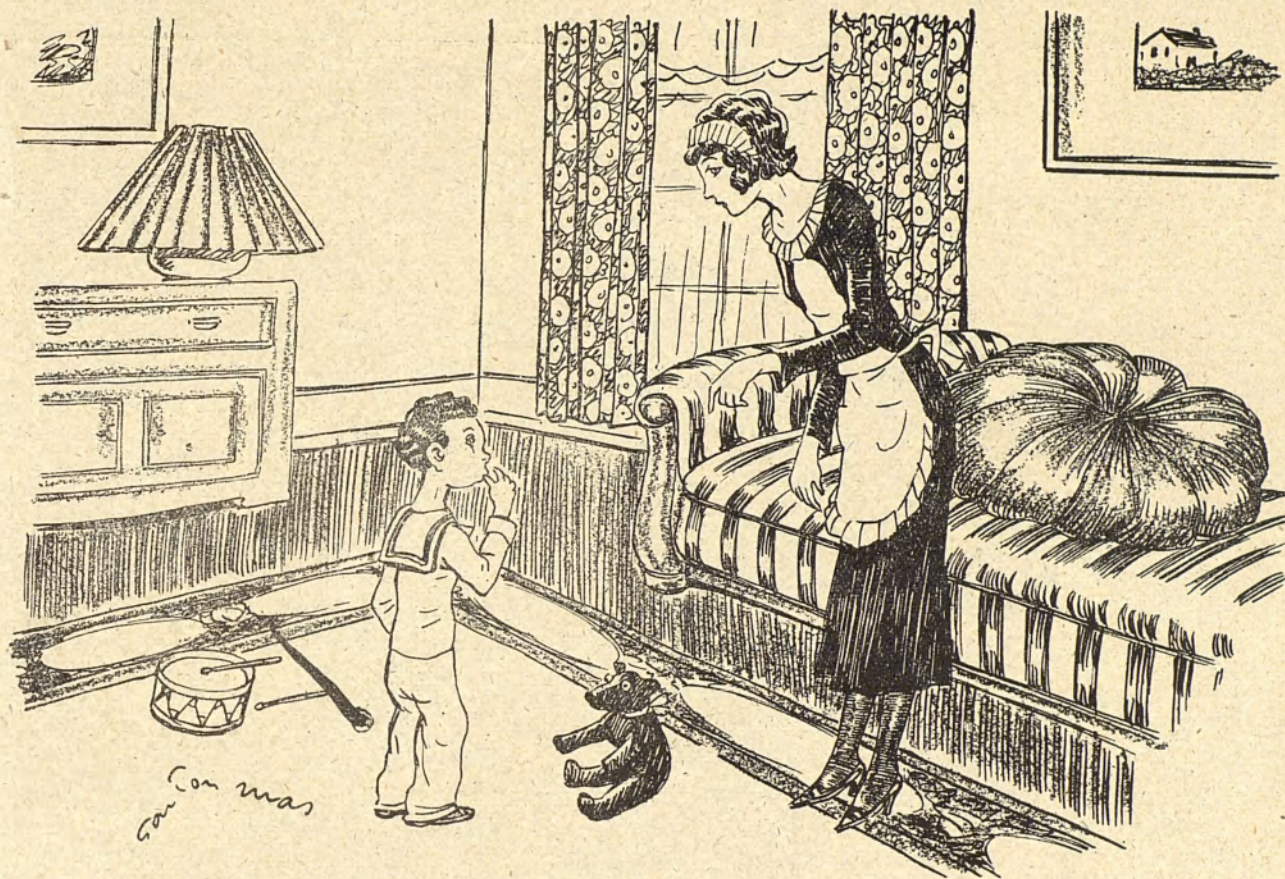
—¿Cuatro, niño? Pero, ¡mar tiro te den!, ¿tú apunta con tenedor?...



El abuelo. —¿Y qué haréis cuando me muera y os deje?
—Y nos dejéis... ¿Cuánto?

Dib. RABA. Madrid.

PEDRO RISTORI MONTJO.



—Niño, ya te he dicho que no te chupes el dedo gordo.
—Entonces que dedo quieres que me chupe.

Dib. GASTÓN MÁS PARÍS.

PATATADA

Un día y otro día
están surgiendo chistes
contra la carestía
de las patatas *tristes*.

De hacer *colmos* amenos
quizás haya motivos,
y yo no he de ser menos
que los demás festivos.

Noticias tan ingratas
me afligen seriamente,
pues tengo a las patatas
cariño preferente

y para humildes bocas
van siendo ya muy raras.
¿Por qué, no habiendo pocas,
se venden hoy tan caras?

Son cosas que no acierto,
lector, en qué se fundan
aquí, donde, por cierto,
las *papas* tanto abundan.

¡Y es lástima que aumente
su precio en esta villa!

Están tan ricamente
guisadas y en tortilla,
o puestas de otro modo,
cocidas, en inglés,
y fritas, sobre todo,
y asadas, y *chufles*!...

Comprando ayer Mamerta
chuletas a Menchaca,
pagólas de huerta
igual que las de vaca.

No es cosa, pues, de un necio
mirar con mal talante
que hoy suban hasta un precio
que no haya quien lo aguante.

¡Y aun hay quien se creía
(sin duda algún *locatis*)
que sin la monarquía
las iban a dar gratis!...

Si de comerlas tratas,
te cuesta (¡y hay que verlas!)
un kilo de patatas
lo que un collar de perlas.

El caso es estupendo...
En fin, lector amado,
calcula si comprendo
el precio a que han llegado,
que a Mata el otro día,
mostré mi *remontuar*,
y el hombre me decía,
al ver su torpe andar:

—Como es una patata,
no rige tu *reló*.

—¿Patata?—dije a Mata—
¡Qué más quisiera yo!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. GARRIDO. Madrid.

ALELUYAS INOCENTES

LA MALA SOMBRA DE UN MARQUÉS AMIGO NUESTRO

No hubo un hombre de peor suerte
que el marqués de Puñofuerte.

Nació en trece, y en Morata,
lo cual es ya mala pata.

Cuando la guerra, fué a Cuba,
que también es mala uva.

Y, al casarse, tuvo suegra,
que esa sí que es la más negra...

Por su sino tan fatal,
todo le salía mal,

y el marqués pasaba el sino
por su sino tan cochino.

Tuvo un sin fin de negocios
y regañó con los socios,

pues no acertó a tener uno
que no resultase un tuno.

Se asoció con Juan Butrón
y le resultó un ladrón.

Se asoció con un tal Paeo
y le resultó otro caco.

Se asoció con dos hermanos,
creyendo que eran más sanos;

y los hermanos Quirós
fueron ladrones los dos.

Y entre tantas probaturas,
de consecuencias tan duras,

perdió cincuenta mil duros
y empezó a pasar apuros.

Lo mismo que en las finanzas
le ocurrió en otras andanzas,

pues le fué mucho peor
todavía en el amor.

Dicen que tuvo una novia
que era bizca y de Segovia,

y renunció al casamiento
por no sé qué miramiento...

Poco después, tuvo amores
con la condesa de Ozores,

que, aunque de mirada tierna,
era coja de una pierna.

Pero, al saber la cojera,
rechazó a tal compañera,

diciendo: «¡Aquí no se trata
de unir a mi mala pata

la pata que ella traería,
que aún es peor que la mía!...»

Después se prendó de Juana,
duquesa de la Furlana,

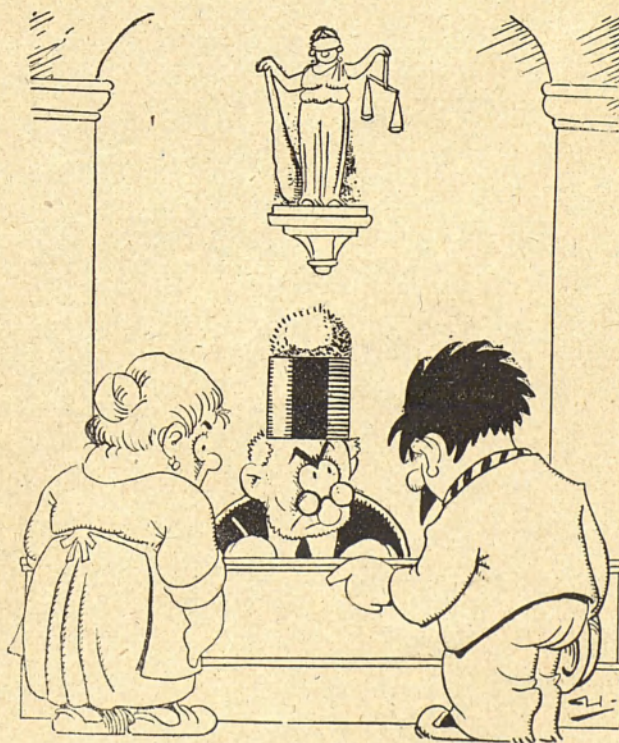
que, como especial hechizo,
tenía el pelo postizo.

EL CONSEJO DE UN AMIGO

El conocido lapidario D. León Noble, de Barcelona, está contentísimo de haber tenido la suerte de encontrar a un amigo que le alabó las sorprendentes cualidades de la siguiente receta que se prepara fácilmente en casa, mediante la cual, sus cabellos han recuperado su color natural.

«En un frasco de 250 grs. se echan 30 grs. de agua de Colonia (3 cucharadas de las de sopa), 7 grs. de glicerina (una cucharadita de las de café), el contenido de una cajita de «Orlex» y se termina de llenar el frasco con agua».

Los productos para la preparación de dicha loción que ennegrece los cabellos canosos o descoloridos volviéndolos suaves y brillantes, pueden procurarse en cualquier farmacia, perfumería o peluquería a precio módico. Apíquese dicha mezcla sobre los cabellos dos veces por semana hasta que se obtenga la tonalidad apetecida. No tñe el cuer cabelludo, no es tampoco grasienta ni pegajosa y perdura indefinidamente. Este medio rejuvenecerá a toda persona canosa.



—Pues para probar que es falsa la acusación que se me hace de haber intentado envenenar a mi esposa pueden ustedes hacerle la autopsia.

Dib. URDA. Barcelona.



—¿Sabes lo que hago yo para que mi mujer no me huela a vino? Pues al salir de la taberna tomar dos copas de aguardiente.

Dib. MIGUEL. Albacete.

Y, al final, peló la pava
con Rosita de la Algaba,

chica de sana moral
con un ojo de cristal;

pero, al saber lo del ojo,
primero se puso rojo

y luego se quedó frío
y allí se terminó el lío...

En fin, que nuestro marqués,
cansado de dar traspiés

en el jardín del amor
sin hallar la dulce flor

que en sus locos sueños viera,
se casó con Baldomera

de la Cerda y Barcenilla,
baronesa de Velilla,

señora altamente fea,
algo tuerta y que cojea.

No obstante, como era rica,
el matrimonio se explica,

y aún hay quien dijo: «¡Qué suerte
ha tenido Puñofuerte!»



ES UN PRODUCTO DE

**LOS PERFUMES
DE TASARA**

BADALONA

OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL



La boda a que me refiero
se verificó en enero,

pero el catorce de abril,
como saben más de mil,

se proclamó la República
ante la alegría pública;

y el marqués y Baldomera
pusieron la cara fiera,

y con el gesto altanero
se fueron al extranjero...

Se llevaron dos millones,
y, al pasar diez estaciones,

se les achicó el montón,
quedándose en un millón.

Por el cual (¡y qué remedio!)
en libras les dieron medic.

Pero un negocio tan raro
lo vieron los dos muy claro,

y se creyeron seguros
y libres, por fin, de apuros.

... ..

Pero la libra cayó...

¡Caramba! ¡¡Qué horror!! ¡¡Ah!!
[¡¡Oh!!...]

Y, claro, el medio millón
convirtiéndose en cuarterón.

El cual, cambiado en pesetas,
les produjo, bien completas,

unas monedas roñosas,
escasas y algo premiosas,

con las que, ¡oh, triste de mí!,
no pueden volver aquí...

Pues si pagan el viaje
no pueden hacerse un traje;

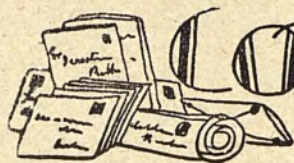
y si quieren vestir bien,
no pueden tomar el tren.

... ..

¡Bien dijimos al principio,
con franqueza y sin un ripio:

no hubo hombre de peor suerte
que el marqués de Puñofuerte!...

ERNESTO POLO.



CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR



D. B. N. (Barcelona).—Que-
da aceptado su artículo. Ahora
bien: no nos atosigue usted
con prisas para que lo saque-
mos a la luz pública, porque
hay en esta casa una de com-
promisos que echa humo, y los
espontáneos se figuran ustedes
que todo es llegar y dar un
ósculo al santo. ¡Y no es tanto!

P. J. H. (Alcalá de Henares).
Tiene usted unas caídas que
son, no para partirse una pata,
sino para que se la partan a
usted.

Manolo (Jaén).—Resulta atroz-
mente pesada esa serie de ro-
mances de todos los días de la
semana. ¡Pero mire usted que
si se le ocurre hacérselos de
todos los días del año...!
¡¡Pues que nos revienta usted,
sencillamente!!!

Jacobo de la Caba (Alicante).
¡Eso de «Los híbridos ébrios»
es una cosa como para ir de
cabeza al penal del Dueso y no
volver a salir en la vida!

L. M. S. (Madrid).—Nos pide
usted franqueza y allá va:
nuestra impresión sobre su li-
teratura es que está usted to-
davía un poquito verde. No tan
verde como la conida de cier-
tos pintores cubistas; pero ca-
si, casi.

E. G. de la V. (Alcazarquivir).—Su trabajo «Adiós al
charleston», es muy flojo. Esta-
mos por decir que es anémico
perdido. Va a «Cestona», en
busca del necesario alivio.

R. B. D. (Albacete).—Con
bastante pena le decimos a us-
ted que, de sus tres dibujos,
hemos rechazado cinco: o sea
que rechazamos los tres que en-
vía y que, de antemano, rechaza-
mos también dos de los que
usted nos mandará seguramen-
te un día de éstos... Los de-
más; ya veremos lo que pasa
con ellos.

L. T. C. (Valladolid).—Estúpido,
algo catastrófico, un tanto
sórdido y exageradamente anti-
ortográfico. Por lo demás, bien.

G. de N. (Madrid).—Es ab-
solutamente inaceptable entre
personas honradas y barcelo-
nesas lo que sostiene usted, con
tanto vigor como falta de sen-
tido común, en su artículo ve-
raniego.

V. R. Q. (Palencia).—Ver-
sifica usted bien; pero los
asuntos de sus composiciones
son de una insignificancia que
híela de espanto.

E. M. de M. (Madrid).—Us-
ted, en lugar de escribir cróni-
cas, sociales, estaría morrocotu-
damente mejor confeccionando
botas y zapatos en un solar del
extrarradio. Pruebe usted a ha-
cerlo y logrará ganar dinero, y
verá que eso le sale mejor que
los trabajos literarios.

H. R. L. (Toledo).—Con se-
riedad ministerial, le asegura-
mos a usted que «El habano de
a peseta» no hay manera de fu-
márselo. Es peor que los de la
Arrendataria, aunque eso parez-
ca filosóficamente imposible.

J. L. P. (Gijón).—Es dema-
siado fétido. Debía usted haber
fumigado el sobre por lo me-
nos, y nos habríamos prevenido.

**Salvador Mindundi (Jerez de
la Frontera).**—No le llamamos
a usted cafre, por no ofender
a los dignísimos e integérrimos
habitantes de Cádiz, entre
los cuales es posible que ten-
gamos algunos buenos amigos
y admiradores incondicionales.

P. P. F. (León).

¿De manera que en León
«La rosa del azafrán»
no produjo admiración
a todos los que ahí están?
Y a nosotros qué nos impor-
ta, si no somos los autores.

M. B. L. (Zaragoza).—Hav
quien lanza la piedra y esconde
la mano. Usted es menos hipó-
crita y ha lanzado el artículo
sin esconder la herradura. Tan
franca conducta nos ha emo-
cionado, y en justa correspon-
dencia no le decimos nada in-
sultante ni irrespetuoso, como
usted podrá ver en estas lí-
neas.

C. P. V. (Bilbao).—Si nos
promete usted no enfadarse, le
diremos una cosa. Y es la si-
guiente:



Que es usted un animal tan
enorme, que, a su lado, el an-
tediluviano megaterio es una
pulga en la infancia.

G. E. O. (Madrid).—Sus
cuartillas no valen ni para ven-
derlas al peso. ¡Y eso que hay
que ver despacio el peso que
tienen!

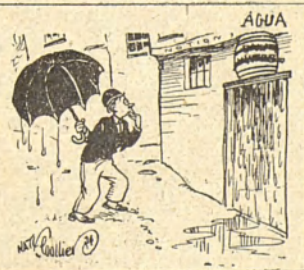
M. G. R. (Tarragona).—Que
usted es el tío más gracioso de
Cataluña, es cosa que no he-
mos dudado ni un momento;
pero que en los tres artículos
que nos ha enviado lo disimula
usted mucho, también es ver-
dad.

Juan Horrible (Huelva).—
¡Son mucho más horribles sus
artículos que su apellido!...
Hasta tal punto, que, de miedo
que nos han dado, los hemos
arrojado al cesto valiéndonos de
una pistola para asustarlos...
Pero, en fin, el caso es que han
caído.

Puente (Almería).

El artículo que Puente
envía, desde Almería,
hay que decir, francamente,
que es una majadería.
¡Si ello no fuera evidente,
crea que no lo diría!

J. V. S. (Madrid).—Eso de
que «Chelito» no es joven, sólo
puede decirlo en nuestras pági-
nas Ernesto Polo, a quien hemos
concedido la exclusiva por quin-
ce años. Pero usted puede decir-
lo a gritos en la Puerta del Sol
o dar una conferencia en el
«Lyceum» femenino con ese fin,
que nosotros no nos oponemos



Cómo se intensifica la venta de paraguas durante los
meses de sequía.

(De The Humorist.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicar se los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

—¿Sabes por qué mató Caín a Abel?

—Claro, hombre; por envidia.

—Envidia, ¿de qué?

—Porque Caín tenía pelo y «Abel... crín!»

Zuz-Kito (San Sebastián).

—Caballero, una limosna por Dios, que hace tres días que no como.

—Pues continúe usted así, que ése es el principio de una fortuna.

Vocal (Castellón).

—Oye, Canuto, ¿tienes algún hermano o hermana casado?

—¿Por qué lo dices?

—¿No sabes que van a dar los billetes otra vez a-cuñados?

V. Yoldi (a) Cucufate (Pamplona).

EN UNA OFICINA DE APARATOS QUIRURGICOS

—¿Pero irrigador lo escribes con h?

—Hombre, sí.

—¿Por qué?

—Porque viene de agua.

—¿Cómo de agua?

—Sí, señor; según los entendidos, agua es H₂O.

C. R. (Villamanín).

—¿En qué se parece un carpintero a un caballo?

—Se parece en que un caballo galopa y un carpintero garlopa.

José María García. Lorca (Murcia).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

El marido (después de un disgusto con su mujer).—Supongo que te marcharás con tu madre.

La mujer.—No; no lo creas. Me voy al hotel más caro de Madrid, donde diré que te manden la cuenta.

CUCA (El Plantío).

Ella.—¿Por qué estás tan preocupado?

El.—Figúrate que una adivina me ha dicho que pronto va a morir mi mujer.

Ella.—Pero, amigo, eso no es nada; las adivinas no tienen jamás razón.

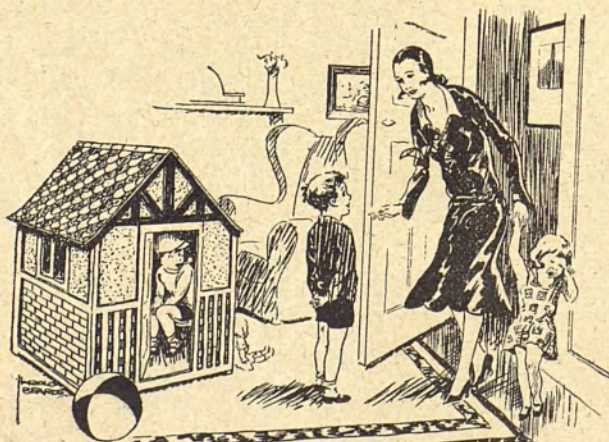
El.—Ya lo sé. Es precisamente por eso por lo que yo me preocupo.

Thomas Gunn.—Essex (Inglaterra).

CAZA ORIGINAL

Estaban en una reunión unos cuantos cazadores contando sus respectivas proezas, a cada cual más estrambótica y exagerada, y no pudiéndose callar uno de ellos, porque si no quedaba mal y no sabía qué contar, no se le ocurrió más que decirles lo siguiente:

—Pues eso no es nada a la puntería que tengo yo. Fíjense ustedes si seré buen tirador,



La señora.—¿Por qué no dejáis a Bety que juegue con la casita?

—El hijo del agente de fincas.—Porque nos la ha hipotecado en dos manzanas y como no paga la hemos desahuciado.

(De London Opinion.)

que una vez, de un tiro, herí a un jabalí en una oreja y en una pata.

—¡Imposible! ¡Eso, no puede ser!—dijeron los demás.

—Pues no tiene nada de particular, porque se estaba rasgando la cabeza.

Kan-dela-Rhio (Burgos).

Don Pedro tiene un hijo que le llaman Pin. Un día están comiendo y le falta el pan. Don Pedro dice a Pin: «Pin-Pon-Pan».

S. Vellojin.

Ventiladores

LOS MEJORES, LOS MÁS ECONÓMICOS, CON AIRE ESPECIAL PERFUMADO.

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. MADRID

DIALOGO

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo?

—Sí. ¡No sé lo que me pasa! Ayer comí arroz y me ha sentado como un tiro.

—Sería arroz Bomba.

Alicia Meléndez (Barcelona).

EN UNA PELUQUERIA

Peluquero.—¿Es usted representante?

El señor.—Sí; en efecto lo soy.

Peluquero.—Ustedes, los representantes, pasarán muy malos ratos, ¿verdad?

El señor.—Solamente he pasado dos malos ratos: el otro día, que me arrancaron una muela, y hoy, que me está usted afeitando.

Manuel Carreras (Valencia).

EN EL COLEGIO

El profesor.—Escucha, Pepito. ¿De dónde se saca el vino? El niño.—De las mesas.

El profesor.—¿Estás seguro? El niño.—Sí. Yo he leído en muchas cervecerías: «Vinos finos de mesa».

Angel Manjerres Poncela (Madrid).

PARECIDO SIN ORTOGRAFIA

—¿En qué se parecen las jugadas de más a los andaluces? —En que son com-pares.

Don Picorete (Madrid).

Entra un hombre en un corral y pregunta por el dueño, el cual está dando de comer a los cerdos, y un empleado le contesta:

—Entre, señor, lo conocerá en seguida; es el que lleva sombrero.

Navaquel (Barcelona).

PASEO HIGIENICO

—Oye, tú, que llevamos dos horas andando y estamos casi en el mismo sitio.

—No me extraña; mi hijo hace tres meses que anda y todavía no ha salido de casa.

Emilio Mascort (Sevilla).

CALVITONIC

Cura rápidamente la calvicie rebelde.

Un solo frasco convence. Se vende en las principales droguerías.

Un niño, después de haber dado su padre una limosna a un ciego:

—Papá, ese hombre es un farsante; no es ciego.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Pepito me dijo que todas las noches sube a la guardilla sin siquiera encender cerillas.

E. Silgo (Tenerife).

COLMO

—¿Cuál es el colmo de un cura?

—¡...!

—Vender la corona.

Juan Martínez. Lorca (Murcia).

—¿Cuántas clases de tela hay?

—Telas de algodón, telas de hilo, telas de araña y telas... creído.

Juanduarte y Estebangómez (Madrid).

Un «poilo bien» a dos muchachas madrileñas veraneantes que llevan zapatos con suela de cáñamo.

—Son ustedes unas preciosidades, niñas.

Y ellas le responden:

—Sí; y al par «gatas».

Pedro Meléndez (Barcelona).

LOS TOCAYOS

Don Casimiro el librero era un señor ocurrente; con su plan chirigotero se reía de la gente.

En su tienda, cierto día, los libros examinaba un señor que no veía; por lo que se aproximaba.

Don Casimiro le dijo:

«¡Tocayo! ¿Qué obra le gusta?»

«Usted se burla, de fijo, y la broma me disgusta.»

«Aunque su nombre no sé, yo me llamo Casimiro, y veo bien cuando miro; pero usted, casi no ve.»

León Cembrano (Madrid).

—¿Qué llevas ahí?

—Un sombrero de señora.

—¡Hombre! Con esas alas no va a poderse ver la cara de la mujer que se lo ponga.

—Pues por eso mismo lo he comprado... ¡Es para mi suegra!

Licenciado San Román.

Salían de una casa dos señores: uno muy alto y otro muy bajo. Al llegar al perchero, el alto le alcanza el sombrero al hombre bajo, porque no alcanzaba, y éste le dice:

—¡Muchas gracias! Ya sabe usted que, cuando se le caiga algo, me tiene a su disposición.

Irma.

—¿Le curó la calvicie el tratamiento que empleaba su marido?

—Sí; cuando le presentaron la cuenta se arrancaba mechones de pelo...

Tartarin (Lugo).

LA VISPERA DE LA PROCLAMACION DE LA REPUBLICA

—Mañana es un hecho que amanecemos con República.

—Hombre, no creo tan cercana la fecha.

—¿Cómo que no? Don Alfonso va a durar menos que un merengue a la puerta de un colegio.

F. Herrero (Valencia).

El señor Pérez pregunta a un amigo suyo para qué sirve el pijama, a lo que el amigo contesta:

—Pues para que, cuando uno está en un hotel, no tenga que salir al pasillo de los dormitorios en paños menores.

Días después, el señor Pérez se compró un pijama y se fué al hotel en que se hospedaba. Al poco rato de haberse introducido en su habitación, volvió a salir con una silla y se fué a sentar en medio del pasillo; al cabo de mucho rato de estarse allí, se le acercó el botones y le dijo:

—¿Qué espera usted aquí?

A lo que respondió el otro:

—Calla, hombre, ¿no ves que estoy luciendo el pijama?

J. Cañellas (Barcelona).

(Un joven, con un cigarro en la boca, a un señor que hay ante un escaparate.)

—Caballero, ¿lleva fuego?

El señor distraído: ¿Dónde? Salero (Madrid).

—Nos dicen por teléfono que el señor alcalde se ha herido en un dedo de la mano derecha.

—¿En cuál?

—En el dedo gordo...

(Se interrumpe la comunicación sin que salgamos de dudas, porque los dedos del alcalde son todos gordos.)

Jesús Triviño (Gijón).

EN UN COLEGIO

El niño.—De parte de mi madre que no puedo venir a la escuela.

Profesor.—¿Por qué?

El niño.—Porque está lloviendo.

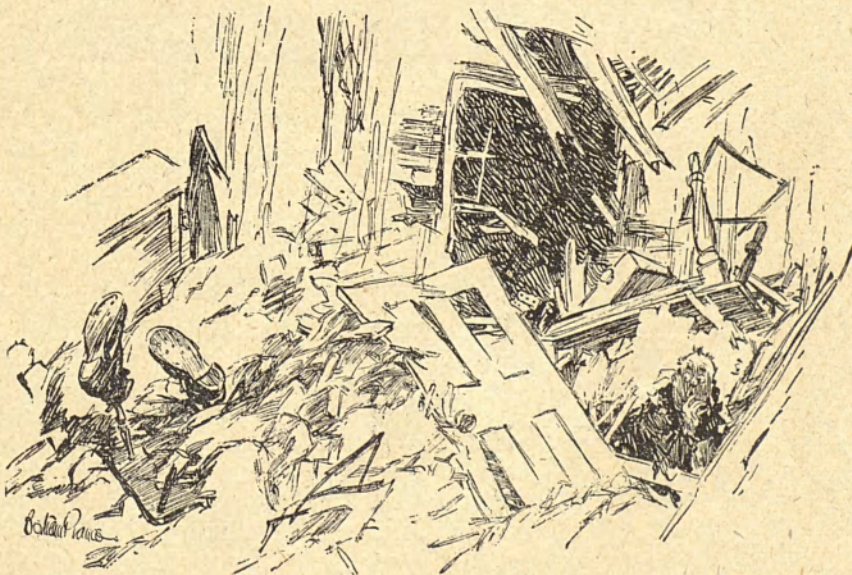
Angel Fernández (Torrelavega).

ENTRE AMIGOS

—¿Te has fijado que en Madrid hay muchos hundimientos?

—Y habría muchos más si no fuera por los perros, porque hay que ver los pobres cómo de cuándo en cuándo se paran en las fachada y paredes y levantan la pata para apuntalarlas.

Suiresoj Suero (Madrid).

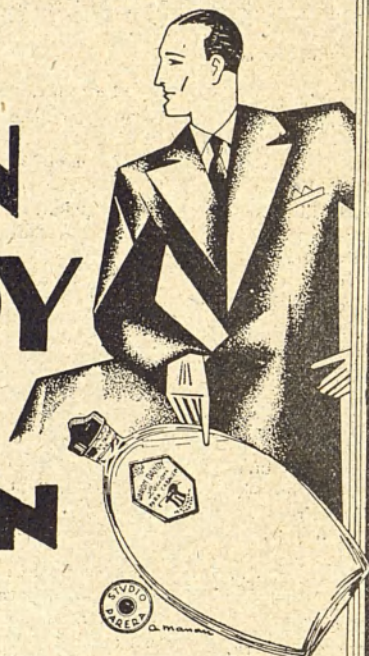


La víctima de una explosión al ver el par de botas.—Si esos son mis pies, he debido de sufrir un terrible accidente.

(De Candide.)

**Perfumería
Parena**
BADALONA

VARON DANDY LOCIÓN



UN PERFUME ES UNA ILUSIÓN

En cambio

"VARON DANDY"

Perfume para Caballero

ES UNA REALIDAD

Una realidad, porque su fragancia de hombre mundano
atrae poderosamente los corazones femeninos.

CUPON

Correspondiente al núm. 509 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

CANAS

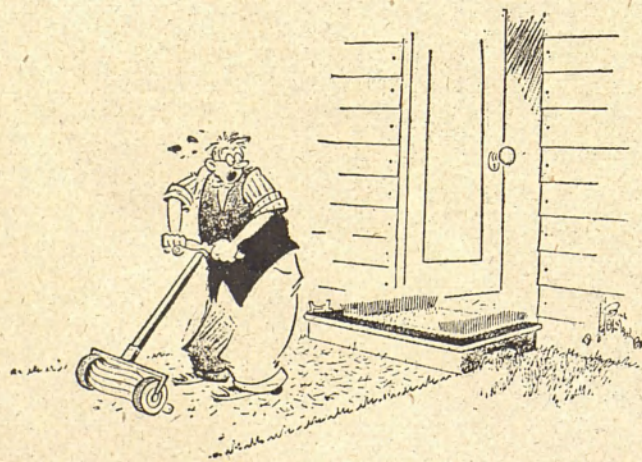


Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La cana desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA



La mujer (desde dentro).—¡Julián, cuando saques la segadora ten cuidado con el felpudo!

(De Jude.)

BARCELONA HOTEL PENSION BEAUSEJOUR FRASCATI

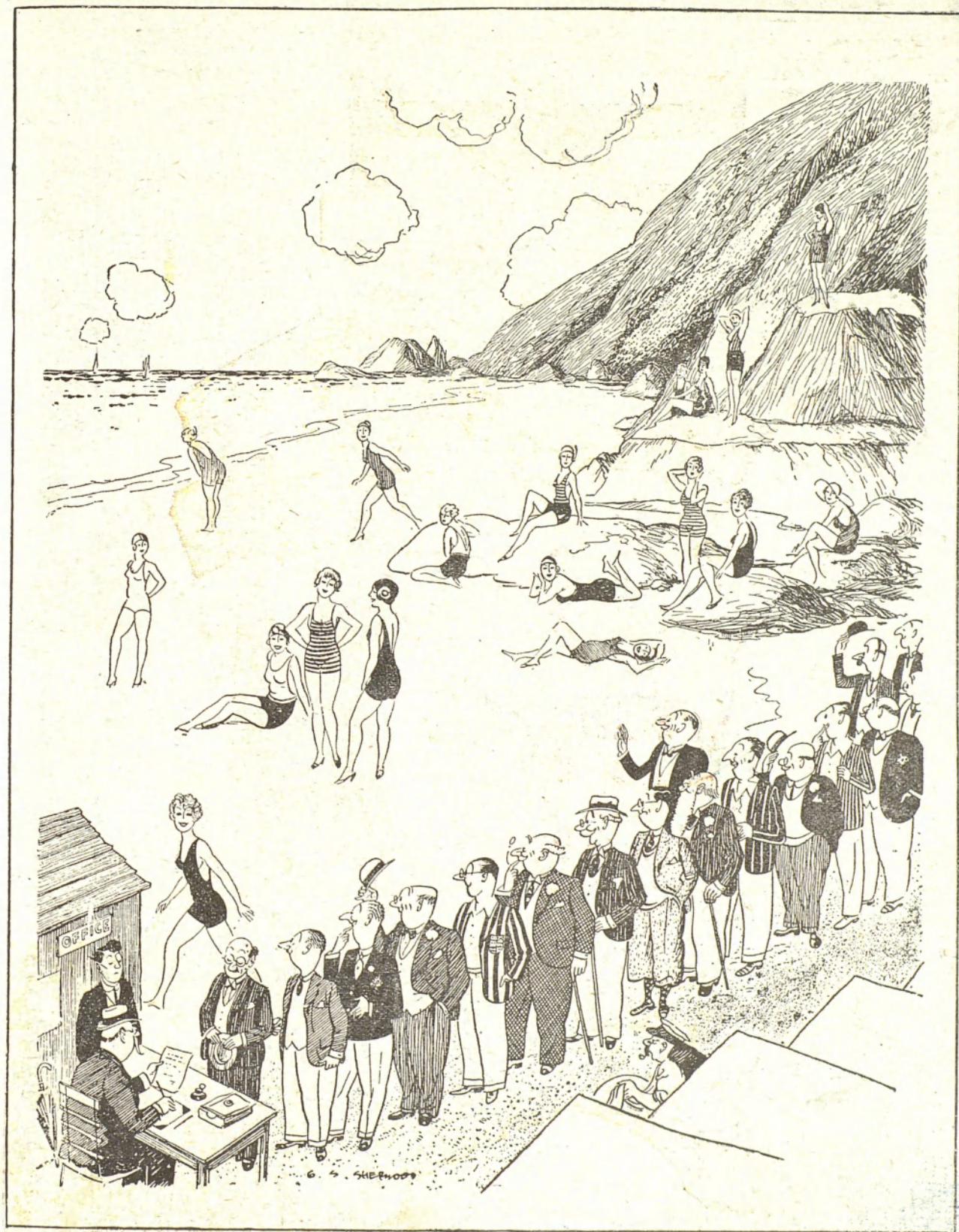
Paseo de Gracia 23
Casi frente Estación
Apeadero de Gracia
Teléfono 20745-46

Cortes. 647
Teléfono 11642

Lujosas habitaciones
Grandes salones de
reunión con toda clase
de servicios Pension
desde Ptas. 17-50
Cubierto, 5 Ptas.

De primer orden para
familias distinguidas y
extranjeros. Trato
esmerado. Baños,
ascensor, Pension
desde Ptas. 12-50.
Cubiertos Ptas. 3-50.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio



Aspecto que ofrece una playa cuando se encuentra vacante la plaza de bañero de señoras.

(De *The Humorist*.)

BUEN HUMOR



—¡ Infame ; tú haciendo el amor !

Dib. FOGUES. Valencia.

Ayuntamiento de Madrid